

los partidos que no se juegan

La precisión que el fútbol ha traído de la mano con el mejoramiento progresivo de la técnica, se desdibuja y desvanece con el cada vez más acentuado poder de las tácticas destructivas.

Un estudio realizado por un grupo de miembros de la Escuela Española de Preparadores ha permitido demostrar que en el último Campeonato del Mundo hubo partidos en los que el balón sólo estuvo en juego durante cincuenta minutos. El resto se perdió en las interrupciones obligadas por la permanencia del estérreo fuera de los límites del campo.

El hecho de que en el encuentro Inglaterra-Alemania la pérdida de tiempo se limitara a sólo cinco minutos, es una excepción que confirma la regla. El estudio a que nos referimos señala que hubo partidos en que sólo llegaron a jugarse plenamente veintiocho minutos del primer tiempo, mientras que en el segundo, el periodo de plena actividad fue todavía menor.

Es un hecho viejo éste de que el público pague por ver un espectáculo que oficialmente dura noventa minutos y del que sólo se le ofrece el cuarenta o el cincuenta por ciento. El escomoteo es admitido porque la venda de la pasión hace que las aficiones le sacrifiquen todo a la pequeña vanidad del triunfo dejando de lado los ingredientes principales del juego: belleza, elegancia, perfección.

Pero si en la gran masa este desapego es admisible, ¿qué hacen los responsables del fútbol mundial, los jerarcas engolados que controlan el Reglamento, la amplia burocracia encargada de dar a este deporte brillo y esplendor? En teoría, ha habido algún pequeño balbuceo en torno a la modificación del fuera de juego, pero en la práctica los resultados han sido nulos.

El descañón con que se viola el espíritu del Reglamento debería hacer levantar ampollas, ya que no de indignación, al menos de preocupación entre los que tienen el deber de velar por la pureza interpretativa. Mientras en otros deportes se han ido limando inconvenientes, falseamientos y artificiosidades, el fútbol continúa apegada a su pereza y comodidad ya clásica. Los sesudos varones que redactaron hace más de cien años las reglas del fútbol eran inteligentes, pero no tanto como para prever, en su ingenuidad, que el juego que inventaban iba a quedarse anquilosado por culpa de la falta de talento de sus herederos.

En baloncesto y en hockey, por no citar más que dos ejemplos, los tiempos de juego son íntegros y el cronómetro se detiene cada vez que el balón o la bola no están en acción. Posiblemente en el fútbol el procedimiento haría que los partidos resultaran interminables, pero tal vez podían buscarse otras medidas con el fin de forzar a los jugadores a canalizar sus actividades por las cauces constructivos, de manera a hacerles desterrar totalmente la voluntaria tendencia que muchas veces actúan a favor del «anti-juego».

Es corriente ver cómo en los estadios se aplaude calorosamente la manía de echar balones fuera para detener un resultado apretado del equipo local. Es lógico que resulte difícil luchar contra ese chauvinismo que altera todas las leyes de la deportividad y del «fair play». Si a la postre lo único que desea el público es ganar, ¿por qué cambiar las cosas tal como están? Esta es la justificación de los cínicos o de los eternos cómodos. Pero los dirigentes del fútbol tienen la misión de ver más lejos, de acentuar la corrección y la limpieza, de advertir los errores y de vigilar el continuo mejoramiento del juego.

Actualmente, en muchas cosas, en el fútbol se da gato por liebre. Se anuncian los partidos de noventa minutos, que a la hora de la verdad quedan reducidos a cincuenta, cincuenta y cinco o sesenta. No es ético. Posiblemente las estadísticas, con la verdad fría de los números, sirvan para abrir los ojos a quienes siempre los deberían tener abiertos cuando en realidad se pasan la vida soñando o... durmiendo.

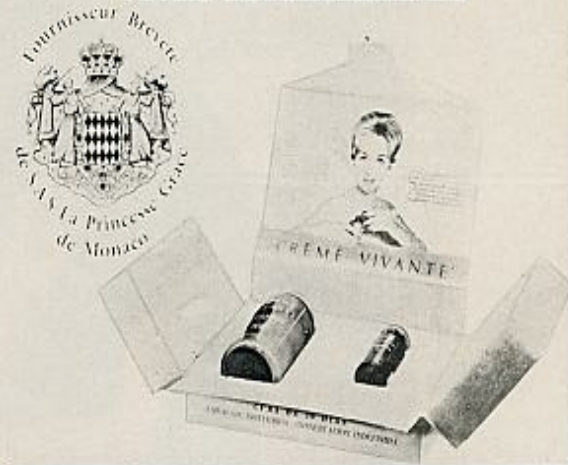
I. I. CASTILLO



Haga revivir su piel con

CRÈME VIVANTE

A BASE DE CELULAS VIVAS ESTABILIZADAS



LANCASTER

LOS TRATAMIENTOS DE BELLEZA QUE DETIENEN LA MARCHA DEL TIEMPO.